

Turco... ¡Ay! ¡sí!...; pero aborrecida también por toda la alta sociedad madrileña, desdeñada hasta por sus propios parientes, y declarada por todos fuera de la ley..., aun después de considerarla muerta y sepultada...

Y al otro lado de la cabecera de Guillermo estaba Pura, la niña ideal, inocente, virgen; la Grande de España, eventual heredera de dos enormes caudales, por todos codiciada y requerida; la que por él, simple obrero de la inteligencia y representante en Cortes del estado llano, había llorado de amor aquella noche...

Aspirar á Julia era rebajarse muchísimo...

En cambio, pretender á Pura era encumbrarse demasiado.

En lo primero había cierto desdoro...

En lo segundo excesivo provecho.

Y, de consiguiente, en ambos casos tenía que arrostrar las críticas del mundo.

Por lo demás, ninguno de los dos caminos estaba libre de obstáculos y contradicciones...

Para llegar á Julia, tenía que renunciar á Madrid y á su ambición; tenía que vencer los reparos que ella misma le opuso la célebre noche del 1.º de Octubre; tenía que conquistar su voluntad de hierro...

Para llegar á Pura, necesitaba vencer, sin más apoyo que el mudable capricho de una niña, la obstinada oposición de sus padres, los orgullosos Marqueses de Pinto.

¡Julia no había contestado á sus cartas!...

¡De Pura no podía prometerse milagros de carácter!

Pues añádase, para colmo de perplejidad, que si la destronada *Pródiga* le parecía más bella y lo atraía como

un abismo deleitoso, la linda hija de los próceres halagaba más el orgullo, la vanidad y la ambición del futuro ministro, á quien todos envidiarían tal alianza...

¡Porque es de advertir que la cartera de Fomento figuraba en este cuadro á los pies de la cama, como si ya se la hubiese conferido S. M. Católica!

Resultado: que Guillermo se durmió optando por casarse con la Marquesita, y soñó que se paseaba á caballo con *la Pródiga* por el ameno valle del *Abencerraje*.

XI

DECISIÓN

Tres horas de sueño llevaba el venturoso joven cuando Enrique y Miguel, forzando la consigna por medio de la mágica palabra *crisis*, que hizo abrir la puerta y tanto ojo al criado, no exento, en verdad, de su correspondiente ambición, penetraron en la alcoba, diciendo con jubilosas voces:

—¡Arriba! ¡Arriba, seor perezoso! ¿Quién piensa en dormir cuando hay dos vacantes en el Gabinete?—¡Se planteó la crisis, y todo el mundo pronuncia tu nombre para la cartera de Fomento!

—Pero decidme, hijos, ¿estáis locos?—exclamó Guillermo, desperezándose.—¿Crisis al amanecer? ¿Pues no duermen los hombres públicos?

—La crisis estalló anoche en un gran baile que, según parece, hubo en casa de los Duques de Carmona...

—De Carmona *s'il vous plait*... Y sabed, además, que

yo salí de ese baile hace tres ó cuatro horas..., y nada observé de lo que contáis...

—¡Pues, hijo, estarías allí tocando el violón! Porque no serían las dos de la noche cuando (según acaba de decirme Miguel) ya estaba en el Casino la noticia de que, habiéndose reunido por casualidad en la gran pajarera de aquel palacio el Presidente del Consejo, el Jefe de la disidencia y los Ministros de la Gobernación y de Fomento, los dos primeros hicieron comprender á los dos segundos que debían dimitir, como en efecto dimitieron en el acto... ¡Conque vístete y échate á la calle!...

—¿A qué?

—¡A que te vean!...

—¡Toma! ¡Ya me han visto muchas veces!...

—Sin embargo, debes presentarte al Presidente del Consejo... ¡Tú eres el verdadero causante de la crisis!...

—Ya me llamará el Presidente si me necesita...

—¡Mal sistema!... En fin..., ¡qué remedio!... Nosotros defenderemos tu derecho á una poltrona... ¡No salgas! Y, suponiendo que no volvamos antes, cuenta con que vendremos á comer contigo. A las siete..., ¿no es cierto?

—A las siete.

—Pues, adiós... Vamos á ver á Marcos, á quien se indica para Ministro de la Gobernación... ¡Hasta las siete!

—¡Que no salgas!

—Descuidad, hermosos, que no saldré.

Así dijo el ya casi Ministro de la Corona, y cerrando los ojos y los oídos del alma á la ausente y emparedada reina del *Cortijo del Abencerraje*, abrió todas las puertas y ventanas de su corazón á la esperanza de casarse con

Pura, de ser Marqués, de ser Grande, de ser millonario, y de llegar á tal cima de poderío y felicidad, no por favor ni condescendencia de nadie, sino por derecho propio, sin menoscabo de su orgullo, á justo título, ó sea desde la no menor altura de Consejero de S. M., de Estado, de gobernante de la nación, de árbitro de los destinos de la patria...

Tenía veintisiete años...—¿Cómo había de pensar ni sentir de otro modo el hasta entonces hijo mimado de la fortuna?

XII

EL DON LUCAS DE SIEMPRE

Cinco minutos después de haberse marchado los madrugadores Enrique y Miguel, recibió Guillermo un B. L. M. del Presidente del Consejo de Ministros, citándolo para la una en el despacho del Ministro de Hacienda.

¡Aquello no era ya conversación! ¡Aquello era algo más de una esperanza!... ¡Aquello era la realidad de su harto anunciado encumbramiento!

El ambicioso respiró con tanta fuerza y llegó á tal grado de satisfacción y egoísmo, que estamos seguros de que, si en aquel momento le hubiesen anunciado la visita de Julia, se habría creído el más infeliz de los hombres... ¡Lo primero del mundo era ya jurar! ¡Jurar el cargo de Ministro! ¡Dejar de pertenecer á la clase de *gobernados*! ¡Subir al Capitolio de los tiempos modernos! ¡Ponerse á la altura de los Marqueses de Pinto!

Tres ó cuatro minutos tardaría el joven en vestirse de pies á cabeza, aunque lo hizo con mayor esmero que nunca. Menos tiempo aún gastó en almorzar. Antes de las once tenía ya á la puerta, aguardándole, una elegante berlina de casa de Lázaro..., y parecióle dos siglos las dos horas que todavía transcurrieron antes de que el impasible reloj señalase las doce y cuarenta y cinco... Emprendió entonces Guillermo la marcha, y cuatro minutos después, ó sea cuando faltaban once para la una, estaba ya en el despacho del Ministro de Hacienda.

Aquél era..., ó, por mejor decir, *había sido* el laboratorio de la modificación ministerial... Queremos significar con esto que, cuando nuestro famoso orador entró allí, eran ya Ministro de la Gobernación el célebre Marcos, y Ministro de Fomento un viejo muy nulo, pero muy grave y silencioso, que se sentaba en el mismo célebre banco de Enrique y Miguel y que contaba ya veinte años de figurar como candidato para diferentes carteras siempre que había crisis.

El Presidente del Consejo dió mil satisfacciones á Guillermo "por no haberle incluído *aquella vez* en la combinación ministerial, como deseaba y era justo, y como lo haría en la primera ocasión que se presentase..."

—¡Pero, amigo mío... (añadió, encogiéndose de hombros), había que despenar á ese pobre D. Lucas, que llevaba ya recibidos diez chascos desde que se le metió en la cabeza (de que carece) ser Ministro de la Corona! Al amanecer estaba hoy en mi casa, y ¡lo declaro!, he tenido lástima de él, más que de mí y de la nación. Pero, por lo mismo que D. Lucas no habla ni discurre, el Gobierno necesita más que nunca el apoyo de hombres de talento,

y he llamado á usted para suplicarle que acepte la Dirección de Beneficencia, vacante por resultas de este cambio, y la Gran Cruz de Isabel la Católica...

Guillermo, profundamente indignado, aunque tranquilo en apariencia, respondió que por nada se sujetaría á reelección; que agradecía todas aquellas bondades, bien que no las aprovechara, y que el Gobierno podía contar con su humilde apoyo cual si le hubiesen conferido la Dirección y la Gran Cruz...

Es decir, que nuestro joven estuvo digno y guardó las formas sociales, como hombre bien educado que era... ¡Pero la rabia y el despecho rugían dentro de su corazón!...

—¡Ah! ¡Julia..., Julia! (se dijo cuando salió del Ministerio). ¡Cómo me explico que hayas despreciado siempre el mundo! ¡Cuánto más vales tú que estos curadores ó tutores de la llamada sociedad!

De vuelta en su casa recibió una tarjeta de Miguel, suscrita por Enrique, en que le decían: "*No nos aguardes á comer. Estamos ocupadísimos.*"

—¡Pues es claro!—pensó Guillermo.—¡Comerán en casa de Marcos ó en casa de don Lucas!

En los periódicos de aquella noche leyó la historia de la Dirección y de la Gran Cruz, grandes elogios de su persona y conducta, muchos aspavientos porque no le habían hecho Ministro, y frases de benévola expectativa respecto del entrado en su lugar; todo lo cual demostraba que el buen D. Lucas no era lerdo, por cuanto había sabido comprender que en España basta y sobra con pasarse veinte ó treinta años pretendiendo ser archipámpano de Sevilla, para que al cabo le digan al más

romo: “¡Séalo usted, y déjenos en paz!”, aunque centenares de sapientísimos Guillemos de Loja se queden burlados en sus legítimas esperanzas.

También leyó el joven en la *última hora* de los periódicos, no sin lanzar una carcajada demasiado alegre, que *se indicaba* á Enrique para la susodicha Dirección de Beneficencia, y que á Miguel se le concedería la Gran Cruz de Isabel la Católica...

Esta faz, grotesca ya y hasta repugnante, de los sucesos de aquel día, hizo recobrar á Guillermo su antigua longanimidad, ó más bien su misantrópica soberbia... Ello es que el desairado joven se metió en la cama con cierta satánica satisfacción, como diciendo: La ignominia de los demás me venga de su injusticia.

Durmióse, pues, al poco rato, no sin haberse dado antes cuenta de que los sucesos comenzaban á empujarlo otra vez hacia Julia...

Mas, para que todo sucediese aquella noche á la inversa que la anterior, soñó que estaba casado con Pura y que tenía de ella muchos hijos, muchos..., ¡muchos!...

XIII

OTRAS DOS LÁGRIMAS

Por último: al siguiente día, lluvioso y triste domingo de Carnaval, en que parecía que la tierra se había quedado huérfana y sola por muerte del sol ó por clausura definitiva de las puertas del cielo, personóse en casa de

Guillermo, á la hora reglamentaria, con el fin de hacerle visita, á fuer de puntual diplomático que no faltaba nunca á las leyes de la etiqueta, nuestro nuevo amigo el viejo y afectuoso Conde de las Acacias...; el cual, después de decirle cosas muy lisonjeras y galantes acerca del origen de la crisis, de *la cartera que le habían usurpado* y de las otras posiciones que no había admitido, cambió graciosamente de tono y habló en estos términos:

—En fin...: ¡le digo á usted que el baile de los Duques dejará nombre..., no sólo por su magnificencia..., sino por las cosas memorables que allí ocurrieron! A usted le perdí de vista enteramente, y no pude hallarlo cuando fuí en su busca para decirle que la crisis ministerial había estallado en la pajarera... *C'est drôle!*—*N'est ce pas?*—y que sonaba usted para ministro... Luego me dijeron que se había usted marchado... Yo me estuve allí hasta lo último. Cené con los Duques y con media docena de íntimos de la casa, á cosa de las seis, cuando ya se habían ido hasta los músicos; y eran más de las ocho, y ya calentaba el sol cuando salimos de aquella mansión de delicias. Pues bien: iba á decir que, en la que llamaré cena-almuerzo, dimos la última mano á una negociación que anoche era objeto de todas las conversaciones en el teatro Real... ¿Estuvo usted por acaso? Yo no le vi...

—No, señor; no estuve. Esta noche es cuando me toca...

—¡Oh! ¡Pues nuestra negociación es un acontecimiento de primer orden!... Recordará usted que la noche del baile, cuando nosotros estábamos hablando de la pobre Julia, fué á buscarme el Duque de parte de su

mujer, que deseaba encargarme el arreglo de cierto asunto...

—Sí...: recuerdo perfectamente...

—Pues bien: se trataba de cazar, ó sea de casar, al llamado *Oso blanco* de los solterones, á mi jefe inmediato, al casi decrépito Duque de Almuñécar, que hace cuarenta y cinco años era el *Lovelace* de Madrid; que hoy está hecho una miseria de canas, arrugas y dolores...; pero que es indudablemente el más rico de todos nuestros Grandes... (¡Figúrese usted tantos millones de renta como miles de duros tienen de capital algunos títulos que arrastran coche!... En fin...: ¡una barbaridad!) Ya hacía tiempo que la Marquesa de Pinto...

Guillermo dió un brinco en la butaca.

En Conde no lo observó y siguió diciendo muy naturalmente:

—...Acariciaba la idea de casar con él á su hija...

—¡A Pura!—exclamó el joven.

—A Pura, sí, señor...—respondió el elegante viejo—
¿Usted la conoce?

—¡Qué si la conozco!—gimió Guillermo.—Siga usted..., siga usted... ¿Conque la *negociación* está ultimada?

El Conde se quedó estupefacto, y preguntó gravemente, al cabo de unos segundos de silencio:

—Hablemos como personas bien nacidas, Sr. de Loja... ¿Sería usted, por casualidad, *un joven* á quien los Marqueses de Pinto se abstenían de nombrar anteanoche, pero á quien aludieron dos ó tres veces?... ¡En verdad, sentiría muchísimo haberle hablado de este asunto, si es usted *el joven* de que se trata; y espero me

haga la justicia de admitir que he procedido inocentemente al contarle...

—Creo en la sinceridad de usted...—repuso Guillermo con digno y reposado acento—y le suplico me repita la alusión de los señores Marqueses, para que yo juzgue si se referían ó no á mi persona...

—Bajo la reserva propia de caballeros, se la repetiré á usted, accediendo á su sentida súplica. Los Marqueses aludían á *un joven... de esperanzas*, con quien Pura se había permitido ciertas exterioridades...

—¡Ese soy yo!...—afirmó Guillermo con viril entereza.

—Pues crea usted que siento con toda mi alma...

—Nada tiene usted que sentir. Por lo menos, yo le estoy hasta agradecido de que me haya anticipado tan curiosa noticia... Porque ha de saber usted que el hecho de que la señorita Pura se haya permitido conmigo las *exterioridades* que sus padres lamentan, no significa que yo la ame ni por asomos. Puede usted, por tanto, seguir contándome esa *negociación*, que no deja de tener gracia... Y, por mi parte, aseguro á usted también muy reservadamente que si Pura necesitase de mis... oraciones ó de cualquiera otra cooperación mía para tener hijos imputables al viejo Duque y realizar completamente el negocio de la boda, yo se las negaría con la más cruel indiferencia... Ruego á usted que siga.

—¡Oh!... ¡Oh!... Es usted demasiado fuerte... ¡Estos andaluces!...

—Murciano, señor Conde...

—Viene á ser lo mismo. ¡Pues nada!... Ya lo sabe

usted todo... Pura aceptó la mano del *Oso blanco* después de derramar las dos lagrimitas de costumbre, y esta misma tarde saldrá con su padre y su tía en dirección á París, donde la compra de galas, carruajes, muebles, etc., consolará á la vanidosa doncella de la vejez de su primer esposo... ¡En verdad, el baile de la otra noche era para sacar á cualquiera de sus casillas!... Usted sabrá que la casa de Pinto, riquísima hace cuarenta años, ha venido á menos: y..., ¡ya se ve!, los Marqueses y la muchacha habrán calculado que con los millones del Duque de Almuñécar... es fácil dar muchísimos bailes mejores que los del Duque de Carmona, y muchas comidas, y tener por docenas los coches y los palcos... y viajar como príncipes...

—¡Pero no redimir cautivos! ¡No costear expediciones para libertar islas!...—gritó Guillermo, sin poder contenerse.

—¡Oh! ¡No...; eso no lo hace nadie más que *aquella!*...—exclamó el viejo epicúreo, con cierta emoción, poniéndose de pie y colocando la punta de los dedos sobre el hombro del joven.—*Aquella* tiraba el oro, y *ésta* lo busca. *Aquella* sacrifica el dinero en aras de su corazón, y *ésta* sacrifica su corazón en aras del dinero... Conque, adiós, joven, y crea que puede llamarme su amigo; pues, aunque yo no hago heroicidades, gusto de los héroes... Hasta la noche, que nos veremos en el teatro Real...

—En el teatro Real!—pensó el burlado amante.— ¡Allí estaba yo citado hoy con la que ya no debe llamarse Pura; con la que no podrá asistir á la cita por haberse vendido á un inmundo viejo; con la que nos ha engañado

á los dos en una misma noche, regalando á cada uno un par de mentirosas lágrimas!...

Y, después de acompañar al Conde hasta la puerta, volvió á su despacho, se dejó caer en el sillón del escritorio y quedó sumido en dolorosas reflexiones.

XIV

EL HORIZONTE SENSIBLE

Hemos dicho que era domingo de Carnaval.

Hacía una tarde más triste aún y lluviosa que lo había sido la mañana. Desde los balcones del despacho de Guillermo, correspondientes á la espalda de la casa, se descubría parte del Prado y del Paseo de Recoletos. Algunos coches particulares, algunos carromatos con mojigangas y algunas mal pergeñadas estudiantinas, arrojando el frío, el agua y el viento, daban allí, entre unos árboles sin hojas y un cielo de color de ceniza, no sé qué aspecto fúnebre á las carnestolendas de aquel año. Parecían los gritos de las máscaras aullidos de dolor ó de susto, y los trompetazos de las murgas templados acordes de piporros en un entierro... ¡Deliciosa tarde para trabajar, para leer, para cumplir nobles y austeros fines de la existencia humana; pero horrible y tétrica para pensar en festejos públicos y alegrías mundanales!

Guillermo oía los lejanos gritos y músicas de aquellas máscaras llenas de lodo, aburrimento y fatiga, y pensaba en los viles afanes de Enrique y Miguel por alcanzar una falsa gloria... Pensaba en aquel Presidente del Consejo

de Ministros, á quien no llegaban los patrióticos avisos de su conciencia, sino el vocerío de otras máscaras y otras murgas... ¡de las máscaras y murgas políticas!... Pensaba en aquellos insensatos Marqueses de Pinto que ponían á su hija en el camino del adulterio, para que aumentase el esplendor de tan ilustre casa; y en aquella niña que se encaminaba á París á comprar los pórfidos y jaspes del sepulcro en que iba á enterrar, virgen y prostituído, su corazón de veinte años... No había trabajado nuestro joven hacía mucho tiempo ni en su cátedra, ni en sus proyectos de obras públicas, ni en su estudio de pintor; y, confundiendo el remordimiento con la impotencia, y el óxido corrosivo de la ociosidad con desdenes y ultrajes de la envidia, creyóse ya inútil para todo; dudó de sí y de los demás; juzgó de nuevo que no servía para las luchas de la corte ó que todo Madrid se había conjurado para ser injusto con él, y un desfallecimiento general aniquiló todas sus fuerzas morales, sumergiéndole en tristeza y misantropía más hondas y ciertas que las pintadas en aquella carta que escribió á Julia la noche de su triunfo parlamentario.

¡Julia!... He aquí la única verdad, la única afirmación, la única esperanza de dicha que quedó de pie entre las ruinas de tantas otras ilusiones como se habían hundido en la imaginación de Guillermo.

—¡Julia!—pensaba el cuitado con infinita melancolía. —¡Allí estará..., sola, enterrada viva, bloqueada por la adversidad y la desesperación en este largo invierno!... Ya han pasado dos meses desde que le escribí la segunda carta, y no me ha contestado... ¡ni me contestará!... ¡Ha hecho bien! ¡Cómo la he ofendido, y cuánto la he

calumniado en estos dos meses! ¡Qué bien había adivinado ella todas las miserias de mi alma, todas las ruindades de mi ambición! ¿Dónde, dónde hay otra Julia? ¡Qué diferencia entre sus defectos y los de sus jueces y verdugos! ¡Qué grandeza en todo lo que ella hizo! ¡Qué mezquindad en todo lo que he visto estos últimos días! ¡Comparar á Pura con Julia, es comparar á la comadreja con la leona! Pura no carga de oro y despide ignominiosamente al ruin italiano que le pide dinero... ¡Pura acepta el dinero y las caricias del viejo insulso que la compra! Pura, arruinada, no desdeña los millones del *Pequeño Duque*... ¡Pura da su virginidad por los de otro Duque más pequeño! Por Pura no se matan los hombres... ¡A Pura la desprecian! Por Pura no se vuelve loco nadie... ¡Pura vuelve á los locos cuerdos! ¡Ah! ¡Julia! ¡Julia! ¡Y yo he podido suponer mejor la vida con tu indigna rival que la muerte contigo!... Y todo... ¿por qué y para qué? ¡Por vivir en Madrid y luchar, en el camino de la más noble ambición, con un Enrique ó con un D. Lucas! ¡Por ser lo que han sido ó pueden ser ellos! ¡Por ceñirme la banda que ya tiene Miguel! ¡Por llegar á la altura de un Marqués de Pinto! ¡Por obtener los aplausos de los mismos á quienes desprecio! ¡Por evitar que censuren mi unión con la más bella y heroica de las mujeres, no las buenas madres y esposas á quienes jamás me acerco, á quienes no oigo, de quienes nada sé hace y años, sino las cuatro familias disipadas que representan hoy á mis ojos la opinión pública!...

Entrado ya el hipocondriaco en la senda del pesimismo y la injusticia, que se sabía de memoria por

haberla recorrido varias veces durante sus ataques de bilis, no tardó en llegar, de exageración en exageración, al límite de toda esperanza y al borde del negro precipicio en que se arrojan los suicidas... No lo era él por naturaleza... (que el suicida nace, y lo es constantemente, aunque no llegue á realizar el nefario hecho), y, por tanto, no se pegó un tiro aquella tarde, como tampoco se lo pegó en más tristes días que le reservaba el destino. Pero como, por otro lado, las negaciones morales y metafísicas que llenaban de tinieblas su espíritu enfermo habían tomado sér, y forma, y alma, en aquella otra negación, trágica y hermosa, que se llamaba Julia; como el artista misántropo, desde el punto y hora en que la vió, se había reconocido vasallo póstumo de aquella heroína rebelada contra el mundo, proscrita de la sociedad, desterrada del cielo á que la llamaba su hermosura; como ella, en fin, era para él lo que los poemas de lord Byron fueron para ella, la idealización de la soberbia, del vencimiento y del dolor satánico, aconteció lo natural y lógico; lo que no tenía remedio desde el instante en que la cartera y Pura desaparecieron del *horizonte sensible* del ambicioso aplaudido y del amator afortunado; lo que por primera vez era cierto y real en el corazón, como antes en los labios ó en la pluma de Guillermo de Loja...; es á saber: que todas sus esperanzas de felicidad, todas sus ilusiones, todo su anhelo, toda su gloria, toda su ambición, se cifraron en Julia...

Partir inmediatamente en busca de ella, no darle previo aviso; llegar en pleno invierno, una de aquellas horribles noches, al *Cortijo del Abencerraje*; arrojarle á los pies de la beldad; contarle todas sus cuitas y decirle:

“Aquí vengo á vivir y morir contigo, á idolatrarte mientras tenga la ventura de verte, y á seguirte al sepulcro el día que mueras”; no cejar ni ceder si era mal recibido ó se veía desdeñado; quedarse allí de cualquier modo, rendirla á fuerza de amor y sufrimiento, á fuerza de bendiciones y lágrimas, y pasar la vida mirándose en sus ojos, en el seno de la Naturaleza, en la paz del campo, sin volver á saber del mundo, ni de sus émulos, ni de sus rivales, ni de sus amigos, ni de la malhadada opinión pública, representada por un periódico que puede no leerse ni recibirse...;—tal fué el plan súbito, entero, definitivo, irrevocable, que formó Guillermo... en menos tiempo que hemos tardado nosotros en decirlo.

Y tan arraigado en sus entrañas sintió desde luego aquel propósito, que inmediatamente puso manos á la obra.

—Mañana á la noche parto de Madrid...—dijo á su servidumbre.—Necesito llevar equipaje de invierno, de primavera y de verano. Se cerrará esta casa ahora, y ustedes recibirán su salario de tres meses por si tardan en hallar colocación. Me llevo todos mis libros, todos mis instrumentos de matemáticas y todos los caballetes, lienzos, paletas y cajas de colores ó de pinceles que hay en mi estudio. Pónganse ustedes desde luego á hacer baúles y cajones...

Dicho esto, comenzó á romper papeles, á empaquetar otros para distribuirlos entre varios amigos suyos, ingenieros y abogados, y á escribir cartas con instrucciones de lo que tenían que hacer... La turbia y triste aurora del día siguiente lo halló dando cima á aquella tarea. Descansó dos ó tres horas, y se echó á la calle,

donde hizo innumerables compras de cuanto un hombre civilizado, estudioso y amigo de sus costumbres puede necesitar en el desierto. A las once fué al Banco de España y sacó los ahorros que tenía en él depositados, los cuales importaban muchos miles de duros. De regreso en su casa, escribió dos cartas de muy pocos renglones; la una dirigida á su padre, diciéndole que se iba á su distrito, á casa de un amigo, con el objeto de descansar y escribir cierta obra de matemáticas, y la otra á *La Correspondencia de España*, para que anunciase su marcha á Murcia, "donde pensaba residir largo tiempo, cuidando de su salud, por consejo de los facultativos".

Encargó á su ayudante que no echase al correo estas cartas hasta pasados tres días. En cambio dirigió otra aquella misma tarde á un grande elector de la cabeza del partido á que correspondía el *Cortijo del Abencerraje*, pidiéndole, con gran reserva, que tal día, á tal hora, le tuviese dispuestos un caballo y un guía, y tres mulos y un arriero, sin decirle por qué ni para qué... Y, arreglado todo por tan solemne y decisiva manera, el lunes de Carnaval, á las nueve de la noche y lloviendo á cántaros, sin despedirse de nadie y sin criado alguno á su servicio, salió nuestro héroe de Madrid, en el tren correo de Andalucía, con firme propósito de nunca más volver...; en tanto que otros muchos jóvenes de su edad se desesperaban en oscuros pueblos de provincia, soñando con ser diputados, con tener entrada en los salones de la Grandeza y con ir á bailes de máscaras como el que aquella misma noche daba la Junta de Damas de Honor y Mérito en los salones del Conservatorio.

LIBRO III

EL CARNAVAL EN EL CAMPO

I

LOBOS Y PERROS

Habían pasado veintitrés horas desde que Guillermo salió de Madrid, y eran, por consiguiente, en tierra de Granada, las ocho de la noche del 22 de Febrero, martes de Carnaval.

Pero, ¿qué decimos de Carnaval, ni de días, ni de horas? En soledades tan apartadas como el humilde vallejuelo del *Abencerraje* (adonde todavía no ha llegado nuestro héroe, y en el que nosotros estamos hace ya rato merced al privilegio que gozamos autores y lectores de viajar más de prisa que nadie) no representan las ideas de tiempo lo mismo que en el mundo social... Ni aquí la media noche es día, como acontece en las ciudades, por mucho que arrecien los rigores del invierno; ni hay alumbrado público que dispute su pavoroso imperio á las tinieblas; ni velan reunidas las gentes en coliseos, bailes ó tertulias, ni se guardan ó conmemoran otras festividades ó efemérides que la Nochebuena y el Viernes Santo...